

Y la Copa FIFA ya tiene dueño

Ramón Márquez C. / enviado

BUENOS AIRES, 25 de junio.—Estuvo dos horas allí, solitaria, en pleno centro de una larga mesa situada en un estrado junto al campo. Negra su base y dorado su cuerpo, rematado por un balón.

¿Cuántos hombres habrán luchado por su posesión? Ahora había veintidós en la cancha, pero más, muchos más, que luchaban también, con gritos, con instrucciones, fuera del terreno de juego.

Y ella estaba ahí, solitaria; de no ser por su brillantez, podría decirse que pasaba inadvertida.

Pero después, envuelta en el fervor popular, y en las manos de Daniel Passarella, capitán de la selección argentina, recorrió el campo y fue saludada, vitoreada por un pueblo representado eufóricamente en las pobladas tribunas del estadio del River Plate.

El, la Copa FIFA; la sucesora de la Jules Rimet. Passarella la alzaba sobre su cabeza y la mostraba a todos, que todos, de alguna manera, habían contribuido a que la visitante permanezca en casa cuando menos durante cuatro años.

En esos momentos, el pueblo argentino lo olvidó todo. Se encontró a sí mismo a través de un evento deportivo. Centenares de aficionados burlaron la feroz vigilancia policiaca —feroz por esos perrazos de amenazantes dentaduras, apenas contenidos por los guardias— e invadieron la cancha en cuanto se escuchó el último silbatazo.

Fillol y Tarantini permanecían hincados, abrazados, sollozantes, ante la portería argentina. Algunos jugadores holandeses aceptaban su derrota y procedían al clásico intercambio de camisetas, mientras reservistas de Argentina y sus técnicos se fundían en un abrazo con los autores de la conquista.

Hacía frío, mucho frío, pero nadie lo sentía. Las nubes grises, muy grises, eran removidas por el viento. Y apareció, cuando menos por momento el cielo azul; el cielo que se extraña en Buenos Aires. El sol enrojeció el panorama. Pero fue fugaz.

Un miembro de la Asociación de Fútbol Argentina, procedía a un discurso melodramático. Pero nadie lo escuchaba. Los policías, lejos de contener a los aficionados que crearon el desorden optaban, como siempre, por lo más sencillo: obstruir el trabajo de quienes tenían una misión que cumplir: reporteros gráficos y camarógrafos. De repente la fuerza armada entró al estadio. Uno a uno, y en cantidad superior a los veinte, policías uniformados de azul y con metralletas pendientes del hombro, desfilaron hacia el estrado, en el que se había conglomerado la gente. Pero el público silbó su presencia y así, como si hubiesen salido a una exhibición, a un corto desfile, los hombres de azul cruzaron frente al estrado y desaparecieron por una puerta hacia las entrañas del estadio.

Eran momentos de fiesta. Ojo. No olvidarlo. En el tablero, con letras gigantescas: Argentina Campeón.

En el estrado, Videla entrega a Passarella la Copa FIFA y la mujer de cuerpo dorado empieza a ser disfrutada.

Las tribunas parecen un solo celeste azul. Miles de banderitas con los colores de la enseña patria argentina son agitadas interminablemente.

Y la Copa FIFA se incorpora a la fiesta. La vivirá cada día durante cuatro años.

Después irá a Madrid, ¿entonces?... Por lo pronto, es motivo de esta fiesta nocturna y sin fin... Fiesta nocturna y sin fin en Buenos Aires, en Argentina.

¿QUIEN LOS va a detener?... gritamos, después de que golpearon a Perú. Y ciertamente, nadie los detuvo.

Argentina es campeón mundial. Como en Alemania 74, se mostró que jugar en casa es una ventaja. Holanda, como hace cuatro años, jugó mejor fútbol pero eso no es suficiente cuando atrás hay 78 mil espectadores y 25 millones de habitantes de un país, que empujan, empujan aunque su fuerza no se pueda ver sobre la cancha.

Nadie los detuvo. Desde que golpearon a Perú limpiamente a pesar de todo lo que se pretenda enlodar ese esfuerzo arrollador de los argentinos y a los diezmos peruanos, supimos que serían campeones.

No hay que negarlo. Hubo momentos, a eso de la mitad del segundo tiempo de su choque final con Holanda, aun antes de que les empataran, en los que pensamos que habíamos cometido un error.

Pero... ¿Saben qué? Ese gol de Poortvliet despertó a los argentinos que querían ganar el partido "al estilo" que se jugó este Mundial, con mucho cálculo, especulando con el marcador, manejando la pelota con mucha táctica... ¡Ese era el error!

Como si un boxeador que es aguerrido, que es golpeador, quiere ponerse a dar una exhibición de boxeo ante un rival que conoce más la ciencia. ¿Nos comprenden?

Argentina volvió a lo suyo, a entregarse, a poner ardor, garra, el corazón en el partido. Así era como podía triunfar... y triunfó, aunque existan técnicos del fútbol que hoy dirán que fueron suerte los goles de Kempes o los de Bertoni y mala fortuna en cambio que ese remate de Rensenbrink en el último minuto del tiempo reglamentario, fuera rechazado por el poste y que ahí se escapó la victoria de Holanda.

¿COMO TENIA que ganar Argentina?... como anotó Kempes los goles. "A lo macho". Los goles caen porque se buscan y la buena suerte anda siempre con los que se fatigan por estar a su lado.

Con el empate sufrió Argentina. Por unos momentos se pensó que los ches estaban perdidos. Que Holanda estaba en el camino franco a la conquista de la Copa FIFA.

Bueno, todo eso sólo contribuyó a que un final más dramático, más emotivo y por lo mismo más feliz todavía para Argentina... ¡Más fácil les salieron las lágrimas a los espectadores y lógico, lo mismo a los jugadores!

Algunos de ellos, por lo menos, se fue a refugiarse al pecho del altísimo Menotti —parecía su hijo— a llorar como un niño.

Si Argentina ha ganado 1-0 conteniendo a Holanda en el segundo tiempo, con todas esas angustias que pasó, ciertamente, el título no le habría llenado tanto como le llenó el triunfo en el tiempo extra, con el final de película como si se hubiera desarrollado con un "script" planeado de antemano.

EL ARBITRO CONELLA será hoy el blanco de las críticas de Holanda. Porque dirán que perdonó por lo menos un penalty a Argentina cerca del final de los 90 minutos.

Sin embargo, lo cierto es que Gonella favoreció más a los europeos como él, porque dejó correr el juego brusco, rudo, de patada y codazo limpio (Hoy habrá más de cinco con ojos moros, mandíbulas dolidas y rochetones en las mejillas) que convenía más a Holanda, aunque después se le volvió en contra, porque con tanto silbatazo se cortaba su ritmo y Argentina ganaba minutos valiosos en el cronómetro.

Holanda tenía al principio del partido siete jugadores que actuaron en la final de 1974, en su alineación. Tenía la experiencia, la maña... y por poco Happel le gana la batalla de los técnicos a Menotti.

El ritmo del encuentro, el sello, lo impuso más bien Holanda. Y eso, más que en detrimento, es un elogio para Argentina, porque aun en ese terreno supo defenderse.

Cuando arrancó el segundo tiempo y llegó la "ola naranja" que ya se esperaba, porque Holanda en este Mundial fue un equipo de temerse en la segunda parte, vino la prueba decisiva para Argentina y salió bien, hasta eso, porque resultó que mientras contenía a Neeskens y la marejada naranja por tres veces Luque les pegó grandes sustos a los europeos en contragolpes.

Sin embargo, Argentina en vez de irse adelante, una vez que el fuerte contra-ataque holandés había sido detenido, cedió la media cancha, engañado por esos lances de Luque.

Eso estuvo a punto de ser el suicidio. Menos mal que el remate de Rensenbrink en el poste le dio oportunidad a Argentina de llegar a los tiempos extras y a volver a su juego de ímpetu, de ataque continuo.

Kempes, que también se había metido a defender, vino de nuevo de atrás para el segundo gol, en un lance que por sí solo describió lo que fue Argentina durante el Mundial: un equipo que salía a la cancha a entregarse, con jugadores de gran valía individual, aunque sin un sistema claro, definido.

UN MUNDIAL es la guerra y las guerras no sólo se ganan con armas, con tácticas, sino con héroes suicidas que entren con bayoneta calada... eso hizo Kempes y se convirtió en la máxima, la única gran figura de esta Copa de 1978.

Ya ven, once holandeses con mucho fútbol en los botines, no lograron vencer a 78 mil argentinos en las tribunas, que empujaban a sus once jugadores en la cancha.

Vamos a decir salud también por la victoria de Argentina, no sólo porque es un equipo de este Continente, sino porque lo sucedido es bueno para todo el fútbol. Y porque... ¡Lo ganaron a golpe y codazo limpio en el campo!